

DIOS ME LLAMA JÉSSICA ARANGO HERNÁNDEZ

En un lejano 1988, nací en una pequeña ciudad situada en el centro de Colombia, llamada Manizales, en la cuna de una familia modesta, de clase media, con un padre sumamente trabajador, responsable, amoroso y comprometido con su figura de hacer visible el rostro de Dios Padre en la familia. Una madre, muy sufrida, que desde muy joven debió asumir la responsabilidad de educar a sus hermanos, lo que la convirtió en una mujer trabajadora, sacrificada y esmerada en dar siempre lo mejor. Una hermana maravillosa: generosa, solidaria, amorosa y apropiada de su papel de hermana mayor que la llevaba a atender mis necesidades, fue siempre mi ejemplo en responsabilidad, puntualidad y exactitud.

A los 15 años, en medio de la locura de los años del Colegio, acepte la invitación de participar de una misión de Semana Santa. Acompañada de un grupo de jóvenes y dos religiosas inicie la aventura que cambiaría mi vida. Ciertamente fue una semana muy intensa, cargada de mucho trabajo y sacrificio, en comparación con los pequeños lujos y comodidades que me ofrecían mis padres.

Así cómo narra el Evangelio de Juan en el versículo 39 del primer capítulo, cuando describe la hora en la que fueron llamados dos discípulos “...como a las cuatro de la tarde”, yo recuerdo la hora en la que Dios inflamo mi corazón en su amor para hablar a lo profundo de mi ser y llamarme a su seguimiento. Cómo olvidar ese viernes Santo, en la noche del 18 de Abril del 2003, orábamos con toda la comunidad, cuando no podía contener las lágrimas, fue algo tan grande que no logro poner en palabras humanas lo que Dios obro.

Pocos días después con el gozo de la Pascua regrese a la casa, quizás ninguno lo noto, pero no era la misma, Dios seguía hablando al corazón, cada vez con más intensidad, Él luchaba contra mi terquedad y obstinación que le recordaba que mi proyecto de vida era casarme y tener hijos.

Con el deseo de quitar la incertidumbre que me agobiaba, decidí hablar con una religiosa de la Congregación de Religiosas Franciscanas de María Inmaculada, ella con toda su paciencia se dispuso a escuchar, pero, ¿cómo explicar lo inexplicable? Aquello que no era capaz de poner en palabras humanas.

Dios en sus planes perfectos dispuso que iniciará un largo proceso de discernimiento por 3 años, en el que, viví la alegría de sentirme llamada, el temor de tener que dejar a mi familia, el sacrificio de los tesoros humanos y la responsabilidad de asumir un nuevo estilo de vida, fueron años de gloria, cargados



de mucha emoción y alegría, en el que anhelaba entrar al convento para ayudar a la gente e ir a las grandes misiones de las que siempre me habían hablado. El tiempo paso muy rápido y así fue como el 21 de Enero de 2006 en medio del llanto de mí amada hermana y la cara de resignación de mis padres, salí de ese lugar hermoso en el que viví durante 17 años, rumbo a la que se convertiría en mi nueva casa.

Éramos 9 jóvenes, en compañía de una encantadora maestra, que siempre supo, combinar la ternura de una madre y la exigencia de quien quiere lo mejor para su comunidad. Todas traíamos en la maleta, la ilusión de cambiar el mundo y de ayudar a los pobres, motivaciones muy sanas que con el tiempo fuimos clarificando.

Ese primer año lo recuerdo con mucha alegría, pero más rápido de lo que esperaba, el Señor quería pasar por el crisol del fuego de su amor, la autosuficiencia que me había caracterizado siempre, mi terquedad, el querer guardar la apariencia, mis grandes inconsistencias y contradicciones, lo que me llevo a vivir un postulanteado con el que he tenido que reconciliarme y asumirlo como un tiempo maravillo de gracia, en el cual crecí integralmente, pero que sinceramente no hubiera querido vivir jamás o por lo menos, así lo percibía mi inmadurez a los 19 años, extrañaba sentirme el centro de mi familia, resaltar por mis habilidades intelectuales y artísticas por las que era reconocida en el colegio. A mi parecer tardé demasiado, en entender lo que Dios quería y era el que no “*Hiciera alarde*” (Filipenses 2,7) de lo poco que había dejado obrar en mi la gracia de Dios, tal vez esa fue la razón por la que se me hizo eterno esos 11 meses del postulanteado.

El noviciado fue una etapa muy linda, sentirme la novia de Cristo, aunque no entendiera toda la connotación que esto implica, me llenaba de alegría, motivándome a llevar mi pequeña cruz con amor. Dos años más tarde profesé mis primeros votos el 10 de Enero de 2010. Cinco años más tarde prometí vivir perpetuamente en Castidad, Pobreza y Obediencia. He vivido en diferentes lugares, actualmente vivo en un lugar que a mi parecer es maravilloso, con un paisaje hermoso y una gente encantadora.

Han transcurrido ya 14 años desde que entre a la comunidad, he vivido momentos hermosos y otros difíciles que me han ayudado a ser lo que Dios quiere de mí, aún me falta mucho por trabajar, pero con su gracia trabajo diariamente.

Desde Enero he asumir con responsabilidad el servicio de la Pastoral Vocacional, un servicio muy bonito pero con grandes desafíos en nuestro tiempo, agradezco a Dios y a mi comunidad toda la formación que me han brindado y tengo la certeza de que el Señor en su infinita misericordia bendice mi esfuerzo y da respuesta a la búsqueda que late en el corazón de todas, de tener nuevas vocaciones, jóvenes que al estilo de Francisco y la Madre Caridad quieran vivir el Evangelio desde nuestra espiritualidad